

Algar  COLECCIÓN
CALCETÍN

El televisor mágico

Braulio
Llamero

Dibujos de
Jacobo
Fernández





1

Un trago de *limonaria*

Hay dos formas de ver la tele. Una, la normal. O sea, encendiéndola y mirando los dibujos, las películas o los anuncios que salgan. Otra, la del abuelo Panopla.

El abuelo Panopla se sienta en su mecedora delante de la tele apagada. La mira durante horas y ríe, salta o llora exactamente igual que si la tuviera encendida.

El abuelo Panopla asegura que la suya es la mejor forma de ver la tele.

–En una tele encendida –me explicó un día– sólo ves lo que te ponen. En una tele apagada puedes ver lo que tú quieras.

Yo, de vez en cuando, me quedaba un rato mirando la tele apagada, y lo único que veía era la pantalla de una tele apagada. Así que un día le dije a Maribel:

–El abuelo Panopla debe de estar algo majareta.

Maribel es mi única hermana. Aún es una niña muy pequeña. Tan pequeña que yo le saco tres años y soy el doble de alto.

–¿Qué *ez majadeta*? –me preguntó mi hermana aquella vez.

–Papá me dijo un día –le expliqué– que los mayores se ponen *majaretas* porque se les gasta la cabeza a causa de los años.

No me di cuenta de que Maribel es demasiado pequeña. No se le puede decir ningún secreto. Lo primero que hizo fue ir corriendo a la habitación del abuelo.

–¡Abuelo, *majadeta!* ¡Abuelo, *majadeta!* Lo ha dicho *Luizmi*.

Lo único que no dice Maribel son las eses. Lo demás, lo cuenta todo.

El abuelo Panopla casi nunca se enfada. Pero aquel día me llamó inmediatamente a su habitación.

Asomé la cabeza por la puerta:

–¡Yo no he dicho nada, abuelo! ¡Se lo ha inventado Maribel!

–Entra y cierra la puerta.

Obedecí al abuelo Panopla. Miré con odio a Maribel, que estaba sentada en sus rodillas y me sacaba la lengua.

—¿Abuelo, *majadeta!* —volvió a decir mi hermana para hacerme rabiar.

—¿Por qué soy un majareta? ¡A ver! —preguntó el abuelo Panopla mirándome a mí.

—Porque lo ha dicho *Luizmi* —volvió a saltar la chivata de Maribel.

—Yo no lo he dicho, abuelo... —me defendí yo—. Sólo era una broma.

El abuelo Panopla sonrió.

—O sea, que sí lo has dicho, ¿no es eso?

—Bueno, sí —dije yo—. Pero en broma.

El abuelo Panopla le acarició el pelo a Maribel y le preguntó:

—¿Tú también crees que el abuelo está majareta?

Maribel se abrazó a él.

—No, porque tú *erez* mi abuelito. *Majadeta, Luizmi.*

—¡Y tú más! —dije yo, furioso.

El abuelo Panopla se echó a reír.

—Bueno —dijo—, si todos estamos majaretas, entonces ya no me importa que me llamáis así.

Y nos pusimos a jugar los tres a las *miradarias* o juego de las miradas imaginarias.

Después, le expliqué al abuelo que con la tele apagada yo sólo veía una tele apagada.

El abuelo Panopla me guiñó un ojo.

—Es que te falta imaginación.

—¿Qué es *imaginación*? —le pregunté yo.

—Es como una tele, pero mejor. Y la llevamos dentro, en la cabeza. El que sabe encenderla ve en su pantalla las mejores películas y los más divertidos muñecos y los más estupendos dibujos animados.

—¿Y piratas? ¿Salen también piratas?

—Por supuesto. Todos los piratas que quieras.

Miré la tele del abuelo. Era una tele muy vieja. Aún funcionaba, pero ninguno de la casa quería verla porque era en blanco y negro. Por eso estaba en la habitación del abuelo Panopla. Cuando papá compró la tele de color, quiso tirar la de blanco y negro. Pero el abuelo dijo que no la tirara, que se la diera a él. Y fue entonces cuando le oí por primera vez a papá que el abuelo Panopla está algo *majareta*.

De todas formas, yo seguía viendo una vieja tele apagada y nada más. Allí no salían piratas ni nada de nada.

—¿Cómo se enciende la imaginación? —le pregunté al abuelo Panopla.

—De muchas maneras —me respondió—. Pero tu caso parece difícil. Tendrás que beber un buen trago de *limonaria*.

En mi vida había oído aquella palabra.

—¿Es una medicina?



–Algo parecido –me contestó el abuelo–. La *limonaria* es limonada imaginaria. Con un trago se te encenderá la imaginación y podrás ver lo que quieras en una tele apagada.

–Pues venga, dame un trago.

El abuelo movió la cabeza como con disgusto.

–Lo malo es que no me queda ni una gota.

–Podemos salir a comprarla. Tengo dinero en la hucha –le dije.

Pero él no lo vio tan fácil.

–La *limonaria* no se compra; se fabrica –me respondió.

¡Buff, qué rabia! Aquello parecía el cuento de nunca acabar, y yo cada vez tenía más ganas de probar la *limonaria*. A lo mejor era tan rica como la limonada normal.

Pero nada. El abuelo me dijo que no tuviera tanta prisa, porque fabricar un par de litros de aquella bebida llevaba bastante tiempo.

Me explicó que se necesitaban varias cosas, algunas fáciles de conseguir, otras más difíciles, y una difícilísima.

Las fáciles eran una botella llena de limonada normal, una mecedora o una butaca cómoda y un vaso vacío.

Las difíciles, una hora de tranquilidad absoluta y dos kilos de paciencia.

Y la más difícil de todas, una chispa de imaginación, que tendríamos que atrapar en alguna parte.

En seguida me di cuenta de que la botella de limonada, la mecedora y el vaso vacío podíamos conseguirlos sin problemas. Así que me puse a pensar qué habría que hacer

para lograr la hora de tranquilidad absoluta y los dos kilos de paciencia. Pero me dio la solución el abuelo Panopla: me dijo que él se encargaría de encontrar una hora de tranquilidad absoluta y que los dos kilos de paciencia los pondríamos entre los dos. Yo, medio kilo, y él, el kilo y medio restante.

—Y la chispa de imaginación, ¿dónde se coge? —le pregunté yo, intrigado.

—Hay que atraparla a una persona que sepa encender su imaginación.

—¿Como tú?

—La mía no vale —dijo el abuelo—. Sólo se pueden atrapar chispas de la imaginación de otro. De ti tampoco podemos sacarla porque aún tienes muy poca... ¿A quién podríamos atraparle una buena y potente chispa de imaginación?

El abuelo Panopla quedó pensativo.

—¡A papá! —se me ocurrió a mí.

El abuelo dijo que no con la cabeza.

—Tu papá suele venir cansado. Si intentamos arrancarle una sola chispa de imaginación, a lo mejor se enfada con nosotros.

—¿Y a mamá? —pregunté yo, sin darme por vencido.

—Tal vez... —dijo el abuelo, dudando—, pero puede que la imaginación de tu madre te quede grande y no sea la más apropiada para ti.

Me pareció que el abuelo Panopla tenía razón. Una vez me puse un jersey de mamá, y todos se rieron mucho. Me quedaba tan grande que lo pisaba y me caía todo el tiempo.

—¿Y Maribel? —pregunté, por último.

—Maribel tiene mucha imaginación, de eso no hay duda —dijo el abuelo—. Pero a su edad la imaginación está muy desordenada y

nunca se sabe por dónde puede salir. Lo mejor será buscar la chispa fuera, en la calle.

Decidimos intentarlo durante el paseo al parque. Casi todas las tardes, Maribel y yo íbamos con el abuelo al parque a montar en los columpios. Pero esta vez, mientras Maribel jugaba, el abuelo Panopla y yo haríamos cosas más importantes: intentaríamos cazar una fabulosa chispa de imaginación.